



CAPÍTULO XXVIII.

De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.

CUANDO el valiente huye, la superchería¹ está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto, cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguía Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rucio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quijote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asaz cólera le dijo:—Tan en hora mala supisteis vos rebuznar, Sancho, ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? A música de rebuznos ¿qué contrapunto se habia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis*² con un alfange.—No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dejar de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de sus enemigos.—No huye el que se retira, respondió Don Quijote: porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario mas se atribuyen á la buena

¹ La acción de acometer muchos á uno.

² Fuera del sentido recto, que tiene como expresión latina, que significa persignarse el cristiano, *se toma*, dice el Diccionario Castellano, *por la herida dada, ó señal hecha en el rostro*. En este sentido, que es el de este lugar, hace veces de un sustantivo castellanizado, como el cabo de *Finisterre*.

fortuna que á su ánimo: y así yo confieso, que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas: las cuales por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de Don Quijote, el cual asimesmo subió en Rocinante, y poco á poco se fueron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos, y preguntándole Don Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió, que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido.—La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo Don Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera.—Por Dios, dijo Sancho, que vuesa merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí: ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, aun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolían; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fé, señor nuestro amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con vuesa merced tengo, porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volverémos á los mantenimientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo (sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida) harto mejor haria yo, vuelvo á decir, en volverme á mi casa y á mi muger y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuesa merced por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buen talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser vuesa merced uno dellos los tengo respeto, y por-

que sé que sabe vuesa merced un punto mas que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa.—Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias: y si tanto deseais volver á vuestra casa con vuestra muger y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios, mirad cuanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano.—Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé¹ Carrasco, el padre del Bachiller Sanson Carrasco, que vuesa merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con vuesa merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero de caballero andante que el que sirve á un labrador, que en resolucion los que servimos á los labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no he dormido despues que ha que sirvo á vuesa merced, si no ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio; todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.—Confieso, dijo Don Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar mas de lo que os daba Tomé Carrasco?—A mi parecer, dijo Sancho, con dos reales mas que vuesa merced añadiese cada mes, me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que vuesa merced me tiene hecha de darme el gobierno de una Ínsula, seria justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta.—Está muy bien, replicó Don Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho, de

¹ En el cap. II de esta segunda parte se llama *Bartolomé*. Pudiera disculparse este olvido con el carácter de desmemoriado, que dá Cervantes á Sancho.

vuestra mano.—¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que va vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la Ínsula, se ha de contar desde el dia que vuesa merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos.—¿Pues qué tanto ha, Sancho, que os lo prometí? dijo Don Quijote.—Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber veinte años, tres dias mas á menos. Dióse Don Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo:—Pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apenas ¿y dices, Sancho, que ha veinte años que te prometí la Ínsula? Ahora digo, que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio, y si esto es así y tú gustas dello, desde aquí te lo doy y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿donde has visto tú, ó leído, que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en cuanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva? Éntrate, éntrate, malandrín, follón y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate, digo, por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rucio y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡Oh promesas mal colocadas! ¡Oh hombre que tienes mas de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal, que á pesar de tu muger te llamaran Señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte Señor de la mejor Ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, &c. Asno eres y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo, que antes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á Don Quijote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dijo:—Señor mio, yo confieso que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si vuesa merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa merced me per-

done y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda.—Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y conque no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda no se imposibilita.—Sancho respondió, que sí haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quijote se acomodó al pié de un olmo y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quijote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.



CAPÍTULO XXIX.

De la famosa aventura del Barco encantado.

POR sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono de Maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia mas á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho que todas las tenia por la misma mentira. Yendo, pues, desta manera, se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras jarcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró Don Quijote á todas partes y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rocinante y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rucio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió Don Quijote:—Has de saber, Sancho, que este barco que aquí está, derechamente y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero, ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita, porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican, cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y aun mas, ó le arrebatan en una nu-